

SÓLO EL AMOR GLOBALIZA

JOSÉ ALONSO MORALES
PROFESOR DE LA U.L.P.G.C. Y DEL CET

INTRODUCCIÓN

Si queremos llevar adelante el precepto del amor y la solidaridad, lo hemos de ejercer en el contexto que vivimos y dando respuesta a las situaciones que nos rodean. Las demandas evangélicas se ofrecen para ser amasadas en la realidad de cada momento y nunca desencarnadas del ritmo de la historia. Por esta razón, intentamos hacer un acercamiento sencillo a la situación en la que nos movemos y desde la que queremos ser fieles al precepto del amor fraterno.

Hay dos elementos desde los que siempre tenemos que partir en el trabajo de la evangelización:

La realidad, ya que en ella y desde ella nos habla el Señor y es el lugar donde se ha de construir el Reino

La Palabra de Dios porque esa es la clave para leer, interpretar y discernir sus llamadas y exigencias dentro del texto de la historia ⁽¹⁾.

(1) PABLO VI, *E angelii Nuntiandi*. JUAN PABLO II, *Redentoris Missio*.

En la coyuntura del final y comienzo de un siglo soplan los vientos de la mundialización y en la plaza de este pueblo planetario, todos los corros de opinión giran en torno a la realidad de la globalización especialmente la económica.

1. PANORAMA DEL MUNDO EN EL QUE SE HABLA DE GLOBALIZACIÓN

No pretendemos hacer un análisis detallado y minucioso del momento actual. Simplemente queremos poner el telón de fondo para detectar el paso de Dios en nuestro mundo y saber situarnos en el lugar donde se desarrolla nuestro compromiso solidario. Queremos situar la escena y colocar los decorados para que cada persona, lectora de este trabajo, pueda reflexionar, ampliar los datos que aquí ofrecemos o disentir de ellos desde otros análisis y posturas.

Tenemos y estamos en un mundo dividido en dos mitades, calificado por la abundancia una, y por la carencia de lo más elemental otra. Si nos acercamos a los pueblos de la miseria descubrimos la falta de lo más imprescindible para vivir y si observamos los pueblos de la abundancia nos encontramos que entre ellos anidan bolsas de pobreza y marginación extrema.

El nuevo milenio ha entrado en escena atosigado por miles de conflictos de todo tipo: la etnia, la religión, las situaciones económicas o la campaña contra el terrorismo mundial, agudizada a partir de la caída de las “Torres Gemelas” el 11 de septiembre del 2001, son el paisaje del acontecer de los seres humanos del siglo XXI.

Esta sociedad desde la cultura de la Modernidad ya fue capaz, en su momento, de consensuar y promulgar la tabla de los Derechos Humanos, pero ha fracasado en el objetivo de conseguir su cumplimiento en muchos de sus artículos. Los intereses están por encima de la vida.

Esta situación general tan fragmentada y agresiva incide en los seres humanos de múltiples modos, pero sus heridas se pueden localizar especialmente en tres ámbitos:

1. En un contexto de exclusión económica. Personas, grupos y pueblos enteros son excluidos de la mesa común. Millones de seres humanos tanto en el llamado primer mundo como en el tercer mundo no participan del mínimo de la riqueza mundial que le es necesaria para subsistir⁽²⁾.

(2) L. SEBASTIÁN DE, *Mundo rico mundo pobre (pobreza y solidaridad en el mundo de hoy)*. Sal Terrae. Cantabria 1992, p. 33 y ss.

2. En un contexto de riesgos y amenazas. Gran parte de la población mundial se sitúa en el ámbito de lo que se ha venido a llamar “las zonas de vulnerabilidad”. Pueden ser agredidos en cualquier momento, están en el permanente riesgo de pasar a la exclusión y a la marginación. Así, familias, niños, especialmente jóvenes y colectivos situados en países del Tercer Mundo. Esta sociedad del riesgo se extiende también al futuro del planeta tierra y a la posibilidad del bienestar en las generaciones futuras⁽³⁾.

3. En un contexto generalizado de conflictos y enfrentamiento bélicos. La xenofobia y los enfrentamientos religiosos pueblan zonas de nuestro planeta donde quedan a la deriva miles de personas. La emigración, inesperada y por sorpresa, se ha hecho una de las características de nuestro comienzo de siglo y la muerte por el hambre y desnutrición triunfa en grandes zonas del planeta. Se clama por soluciones urgentes, pero las respuestas están ralentizadas por mil intereses de poderes inmediatos⁽⁴⁾.

En otros momentos históricos contábamos con movimientos empeñados en el cambio y la transformación de las situaciones sociales, pero en este momento reina el desengaño frente a utopías del pasado y recelo ante toda ideología que se proponga tareas de emancipación global. No es la época de los grandes relatos. Un conformismo generalizado es el síntoma común de nuestra generación y las teorías del “fin de la historia” nos sitúan en un callejón con una sola salida válida orquestada por los países situados en el norte: la propuesta de la economía neoliberal, árbitro y juez absoluto, prometiendo el reparto de la riqueza pero con el presagio cierto de que ese reparto va a ser para unos pocos y con la incertidumbre del momento histórico en que sucederá. Siempre ha sido difícil trabajar en los cambios sociales pero hoy se hace extremadamente complicado⁽⁵⁾.

2. ACERCAMIENTO A LA REALIDAD DE LA GLOBALIZACIÓN

En este contexto mundial se habla permanentemente de la globalización y encontramos tanto defensores acérrimos como detractores radicales. No pretendo hacer un estudio a fondo ni un juicio definitivo sobre este tema. No es mi especialidad ni es el lugar adecuado. Pero es necesario, al menos, abrir un interrogante crítico ante esta oleada que nos invade y buscar medios y elementos para discernir sobre ello.

(3) ULRICH BECK, *La sociedad del riesgo (Hacia una nueva modernidad)*, Paidós, Barcelona 1998, pp. 24 y ss., p. 277.

(4) J. DECORNOY, *La humanidad sin domicilio fijo. Pensamiento crítico Vs. Pensamiento único*. “Le monde. Diplomatique”. Temas de Debate. Madrid 1998.

(5) J.M. NAREDO, *Sobre el pensamiento único*. Ibídem.

Se ha de diferenciar lo que es mundialización y lo que es globalización. La mundialización es un concepto mucho más amplio: es la situación en la que estamos ya inmersos, donde el mundo se ha convertido en una aldea, donde todos estamos en conexión. Las redes de comunicación han hecho que desde millones de kilómetros podamos ser espectadores de los acontecimientos de cualquier rincón del globo. Un ejemplo patente ha sido el que hayamos contemplado los bombardeos de Afganistán desde el comedor de nuestra casa. No hay hechos locales sino mundiales, la relación e intercambio se han hecho internacionales y el mundo está poblado de voluntarios de la solidaridad al servicio de las comunidades más pobres del planeta.

La globalización tiene un sentido económico y en función de ello un ejercicio político.

Se trata de hacer una economía única para todo el mundo: que el mercado sea internacional, que la oferta y demanda de productos sea internacional, que la propiedad de la empresa pase a ser una especie de ente anónimo que flota en la humanidad, pero que, en el fondo, tiene sus sedes en todos los países y que el instrumento potente de todo este intercambio sea la red multimedia de la comunicación⁽⁶⁾.

Esto puede ser fascinante, pero en un mundo tal como lo hemos descrito, aquejado por la gran zanja de la pobreza entre países ricos y pobres, con una economía de miseria, no será posible competir con los sectores de la abundancia. Los pueblos pobres no tienen existencias, deben cantidades a los ricos, han sido expoliados en sus medios naturales y están aquejados de necesidades primarias. Así será imposible la homogeneización de la economía y la unificación de los mercados.

Algunos sectores defienden esta alternativa como la solución ya que la riqueza va a aumentar. Pero ¿en manos de quienes? Será en manos del 28 por ciento que ya tiene la abundancia mientras que el resto se hundirá progresivamente en más pobreza. Podrá ser en un futuro indefinido cuando la humanidad, el ecosistema, se haya deteriorado, la muerte haya acampado en más de la mitad de la tierra, cuando la emigración del tercer mundo haya desembarcado masivamente sobre el primer mundo y los conflictos bélicos hayan arrasado con muchas culturas y pueblos. La globalización tiene muchos interrogantes y fallos para poder apostar por ella sin reparos.

En este panorama y en esta alternativa imperante los cristianos intentamos ofrecer la alternativa del amor fraterno. Es una alternativa que se ha de hacer visible más allá de las palabras, discursos teóricos y de buenas intenciones.

(6) J. GARCÍA ROCA, "Globalización", en A. CORTINA, *10 palabras claves en filosofía política*, Verbo Divino. Pamplona 1981.

3. LECTURA DE NUESTRO MOMENTO HISTÓRICO EN CLAVES DE FE

Nuestro Dios es un Dios encarnado en la historia y por eso el lugar desde donde nos habla es desde el corazón de la realidad, especialmente allí donde el rostro del ser humano está machacado y sangrante. Hemos leído el texto de nuestro mundo con sus mil problemas desde una perspectiva sociológica y cultural. Vamos a hacer que esos acontecimientos se hagan Palabra de Dios para nosotros y que en ellos resuene la voz del Padre para llamar, juzgar, denunciar, invitar, mendigar.

Toda lectura lleva consigo claves de interpretación. Un conjunto de palabras se nos hace significativo si podemos desentrañar su significado a partir de unos elementos de interpretación. Un trozo de vida, un conjunto de hechos, relatos o acontecimientos, nos hablan en la medida que nos dotamos de herramientas de comprensión. Si queremos que esos hechos sean para nosotros palabra, expresión, mensaje de Dios, necesitamos mirarlos, escudriñarlos desde las claves que El nos ha ofrecido en su mensaje⁽⁷⁾.

Utilizaremos para esto dos claves tomadas de la Historia de la Salvación:

El exilio de Babilonia

La experiencia de la fracción del Pan

1) EL EXILIO DE BABILONIA

Vivimos una sociedad que con todas sus contradicciones está anclada en el bienestar. Nosotros que hacemos esta reflexión estamos situados precisamente no en la franja de necesidades urgentes, ni en la zona de la muerte inminente. Estamos en la sociedad del consumo, del vivir al día y del entretenimiento permanente. Por eso nuestro acercamiento desde la palabra de Dios ha de iluminar esta situación y ha de enfocar nuestro corazón anclado en la comodidad.

En la Biblia se narran especialmente dos exilios: Egipto (Exdo.: 1,1s.) y Babilonia (II Crónicas: 36,17. Esdras: 1,1s.). Son dos experiencias parecidas, pero al mismo tiempo completamente distintas. Egipto es una situación de esclavitud y lejanía de la patria con situaciones tan férreas que el pueblo en bloque ansiaba profundamente la salida hacia la liberación. Es una esclavitud dura, de látigo y trabajos forzados y como reacción, el pueblo se pone en marcha, hacia una utopía clara y definida. Fue una empresa costosa, pero los marcos ambientales ayudaban a la lucha.

(7) J. ALONSO, *Mar adentro. Tarea de los cristianos en el corazón del mundo*. Ediciones del Centro Teológico de Las Palmas. Colección Creyentes en Camino 3, Las Palmas 1990.

Babilonia es una experiencia distinta y no menos dolorosa ya que, dicen los especialistas, es el momento más duro del pueblo de Dios donde se pone en peligro su misma identidad como pueblo en contacto con otras religiones y cultos a los que muchos de los israelitas terminan vinculándose. Pero el contexto ambiental era distinto. Babilonia era una ciudad de confort, lujo y bienestar. Se vive en la esclavitud, pero las cadenas no pesan en las manos. El pueblo no vive una conciencia tan clara de opresión, hasta cierto punto, se van sintiendo cómodos en aquel ambiente de riqueza y llega a pasar por la tentación de olvidarse de Jerusalén. El Salmo 137 nos expresa la situación del pueblo que por una parte llora y recuerda la patria pero, al mismo tiempo, vive la tentación del olvido ante la reiterada invitación a cantar y disfrutar del presente:

*A orillas de los ríos de Babilonia
estábamos sentados y llorábamos,
acordándonos de Sión;
en los álamos de la orilla
teníamos colgadas nuestras cítaras.
Allí nos pidieron
nuestros deportadores cánticos...*

*¿Cómo podríamos cantar
un canto de Yahveh
en tierra extranjera?
¡Jerusalén, si yo de tí me olvido,
que se me seque mi diestra!*

*¡Mi lengua se me pegue al paladar
si de ti no me acuerdo,
si no alzo a Jerusalén
al colmo de mi gozo!...*

Estas bellísimas expresiones nos dan a entender que por sus mentes pasó la posibilidad del olvido. El gran proyecto de la liberación está más oscurecido y el tiempo alargado fue creando un clima de desilusión. La vuelta a la patria se hizo lenta, a cuentagotas, en diferentes momentos y los que realmente volvieron para la reconstrucción de Jerusalén fueron los pobres, aquellos que apenas poseían nada, en los que se cobijó siempre la esperanza y su corazón siempre estuvo pendiente de la vuelta (Esdras 8 y 9). El resto del pueblo se quedó en Babilonia, se estableció allí y se disolvió en su cultura (Esdras 2). La situación del “resto de los pobres” que vivió en la tensión de la vuelta es cantada por Isaías en varios momentos y a partir de estos textos podemos sondear la experiencia interior de esperanza que siempre les animó. (Is. 40,1-11, 41,8-20, 43,14-21, 4d9,8-13). La confianza amorosa en un Dios Padre

rezuma por todos los textos. *¿Acaso olvida una mujer a su niño de pecho, sin compadecerse del hijo de sus entrañas?*

Pues aunque lo llegase a olvidar, yo no te olvido. Míralo, en las palmas de mis manos te tengo tatuada, tus muros están ante mi perpetuamente (Is. 49,15-16). Ezequiel y Jeremías son dos profetas que acompañaron al pueblo al destierro y desde allí en el contexto idolátrico de Babilonia preconizaron la promesa de un corazón nuevo y una alianza nueva para el pueblo.

Os tomaré de entre las naciones, os recogeré de todos los países y os llevaré a vuestro suelo... Os daré un corazón nuevo, infundiré en vosotros un espíritu nuevo, quitaré de vuestro pecho el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Infundiré mi espíritu en vosotros y haré que os conduzcaís según mis preceptos y observéis y practiquéis mis normas (Ezequiel: 36, 24-27. Ver también Ezequiel: 36, 1-38, 40-48 y Jeremías: 30, 1-24, 31, 1-22).

Este nuevo corazón y nuevo espíritu añade una novedad a las alianzas anteriores que va a materializarse en un nuevo estilo de culto en torno a la Sinagoga y en la celebración del Sábado, elementos que cohesionarán la identidad del pueblo que vivencia una fraternidad compasiva.

Esta experiencia nos dice mucho a nuestro momento actual. No cabe duda que nuestra situación está más cerca de Babilonia que de Egipto. Estamos en la Babilonia de un capitalismo avanzado que cuaja y se concreta en los tentáculos de la globalización, donde se han cerrado los horizontes de salida, donde se canta continuamente la maravilla de una sociedad del confort, donde los puntos negros se van viendo como normales y casi necesarios, donde el desencanto es el caldo de cultivo, donde el individualismo ha anidado en el corazón. No hay caminos abiertos, no hay utopías que den seguridad y las grandes empresas de transformación se hacen muy duras. Como en aquellos tiempos, sigue presente la fidelidad cariñosa de Dios Padre que vela permanentemente por la restauración de la fraternidad rota y también hoy, como en aquella época, la salvación vendrá desde los pobres, porque es donde aún queda el rescoldo de la “revolución”. La experiencia de amor a todos los niveles es la que realmente globaliza.

Así como en otros momentos el Éxodo de Egipto fue paradigma de análisis y acicate de lucha, ahora el nuevo Éxodo desde Babilonia puede ser una luz para recrear nuevos caminos. Desde ahí vamos a situarnos. Desde el paradigma de Babilonia como clave de la Historia de Salvación y relato que nos acerca a nuestra realidad bloqueada, vamos a rastrear la huella de Dios.

Ofrezco un texto que Javier Vitoria lo toma de Julien Banes y lo recrea en su contexto de Euskadi:

Hoy en día los barcos se han ido haciendo cada vez más grandes, mientras que las tripulaciones se han vuelto cada vez más pequeñas. Todo se maneja por tecnología punta. Se programa el ordenador en el Golfo o donde sea y el buque prácticamente se gobierna solo hasta Londres o Bilbao. Es mucho mejor para los armadores, que se ahorran un montón de dinero, y mucho mejor para la tripulación, que sólo tiene que preocuparse de organizar el aburrimiento.

En los viejos tiempos, cuando yo navegaba –siguió diciendo Kepa– siempre había alguien arriba, en la torre de vigía o el puente, vigilando. Pero hoy en día en los buques grandes ya no hay vigía, o por lo menos, el vigía es un hombre que mira de cuando en cuando una pantalla llena de puntos luminosos móviles. En los viejos tiempos, si estabas perdido en el mar en una balsa o en un bote de goma o algo así, y un barco pasaba cerca, tenías muchas posibilidades de que te rescatasen. Agitabas los brazos y gritabas o disparabas cualquier cohete que tuvieras; ponías tu camisa en lo alto del mástil, y siempre había gente vigilando y atenta a localizarte. Ahora puedes estar semanas a la deriva en el océano, y al final se acerca un petrolero y pasa de largo. El radar no te detecta, porque eres demasiado insignificante, y es pura suerte si hay alguien inclinado sobre la barandilla, vomitando, que logra verte. Ha habido muchos casos de naufragos que en otros tiempos habían sido salvados y a los que ahora nadie recoge; e incluso incidentes de personas a las que atropellaron los barcos que ellos creían que venían a rescatarlos. Imaginaos lo espantoso que tiene que ser la terrible espera y luego la sensación que queda, cuando el barco pasa de largo y no puedes hacer nada. Todos los gritos quedan ahogados por el ruido de los motores⁽⁸⁾.

Esta historia refleja mucho de lo que sucede en nuestra sociedad. La gran sociedad de los pudientes, de los que han logrado situarse en los países del norte, surca los mares de la historia en el gran petrolero lleno de comodidades, abundancia y tecnología punta (Babilonia). Todo el petrolero goza de tiempos libres, de espacios de recreo, de ambientes cálidos, de convivencia agradable, al son de las mejores músicas. Nadie se entera de lo que pasa al exterior, nadie sabe, ni quiere saber, lo que sucede en el fragor del océano. El mar inmenso

(8) J. VITORIA, *Tras las huellas de la justicia de Dios en la próxima década. De cara al tercer milenio*, en *Cristianisme i Justicia*. Sal Terrae. Santander. 1994.

está sembrado de balsas, de náufragos que no han podido entrar en el gran petrolero sino que la mala pasada de la historia los ha dejado fuera. Su grito no llega dentro del ambiente de placer que vive la gente, el ruido de la tecnología, el entusiasmo de las máquinas, no deja oír nada. (Ahí en el interior se vive el blando exilio, la esclavitud dulce, porque “basta que un sólo ser humano sea esclavo para que toda la humanidad esté en la esclavitud”).

¿Qué se puede hacer en ese contexto? La gente no va a saltar al mar para recoger masivamente a los náufragos. Hacen falta vigías que estén alerta para ofrecer ayuda, para detectar necesidades, para ser portavoces en el interior del barco de lo que está sucediendo afuera. Es una labor sencilla, poco lúcida, pero es quizá unas de las cosas posibles en este momento.

Salir de Babilonia es hacer que el petrolero sea tierra firme para todos, que toda la humanidad avance en la misma dirección por el mar de la historia. Para esto hay que comenzar por pequeñas acciones llenas de dinámica revolucionaria, acciones que hagan nacer una conciencia fuerte de hermandad universal. Esta petición nos viene desde los que gritan desde las balsas en medio del océano. También en el Pueblo de Israel aquel “resto de pobres”, indefensos y miserables, fueron capaces de recrear un nuevo pueblo desde su fantasía llena de esperanza en el Señor de la historia. (Is.: 40,1-11).

A la saga del relato de Julien Banes seguimos descubriendo pistas para situarnos en este nuevo éxodo.

Es una invitación a ver las situaciones de nuestro mundo desde esta nueva perspectiva, la perspectiva de los que se están hundiendo, de los excluidos, de los pobres. Nuestros proyectos, nuestras opciones de vida, las dinámicas de los grupos, los estilos de oferta evangélica para la gente que se acerca están planteados muchas veces desde el petrolero, desde el pensamiento único que domina los planteamientos culturales en los que nos movemos. Es fundamental bajarse del buque y ver la realidad desde las balsas llenas de náufragos y desde ahí hacer las programaciones y los proyectos de vida. Esto sería un cambio revolucionario ya que no sería sólo comenzar a ser críticos sino a cambiar desde lo más profundo del corazón para tomar posturas con compromisos reales. Esto es optar por los pobres y esto es hacer que el amor sea el potencial globalizador. Desde ahí, entraría en crisis la tesis del fin de la historia.

No cabe duda que un trabajo de este tipo es duro, lento, arriesgado incluso desesperante. Hay que aprender del resto de pobres que vuelven de Babilonia la resistencia en tiempos difíciles con la convicción que todo florecerá, no cuando lo programemos nosotros, sino cuando Dios Padre nos siente en ese banquete. Esta experiencia fue la que cantaron los israelitas al volver del exilio:

*Cuando el Señor cambió la suerte de Sión de Sión,
nos parecía sonar;
la boca se nos llenaba de risa,
la lengua de cantares.
Hasta los gentiles decían:
“el Señor ha estado grande con ellos”*

*El Señor ha estado grande con nosotros,
Y estamos alegres.
Que el Señor cambie nuestra suerte,
como los torrentes del Negueb.*

*Los que sembraban con lágrimas
cosechan entre cantares.
Al ir, iban llorando,
llevando la semilla;
al volver, vuelven cantando,
trayendo sus gavillas.*

(Salmo 126)

2) LA FRACCIÓN DEL PAN

La primera comunidad cristiana se cohesionó en torno a la fracción del pan: *Eran constantes en escuchar la enseñanza de los apóstoles y en la comunidad de vida, en el partir el pan y en las oraciones... Los creyentes vivían todos unidos y lo tenían todo en común; vendían posesiones y bienes y los repartían entre todos según las necesidades de cada uno...* (Hch.: 2,42-45). Este era para ellos un gesto fundamental del Maestro y un mandato que era señal de identidad. Así le conocieron en la fracción del pan los discípulos de Emaús *recostado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo ofreció. Se les abrieron los ojos y lo reconocieron, pero él desapareció* (Lc.c.:24,30-32). Se dieron cuenta que era El en el relato de la pesca milagrosa después de la resurrección: *Ningún discípulo se atrevía a preguntarle quien era, sabiendo muy bien que era el Señor. Jesús se acercó, cogió pan y se lo repartió, y lo mismo el pescado* (Jn.: 21,12-13). Este gesto fue tan central, porque la noche antes de la pasión, solemnemente Jesús lo instituyó como recordatorio y así lo cuenta Pablo a los cristianos de Corinto:

Porque lo mismo que yo recibí y que venía del Señor, os lo transmití a vosotros: que el Señor Jesús, la noche en que iban a entregarlo cogió un pan, dio gracias, lo partió y dijo: esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros; haced lo mismo en memoria mía. Después de cenar hizo igual con la copa, diciendo: esta copa es la Nueva Alianza sellada con mi sangre; cada vez que bebáis, haced lo mismo en memoria mía (1Cor.: 11,23-27). La fracción del pan es un signo que

llena todo el mensaje del NT, es el rito fundamental que congrega a la comunidad, es lo que la distingue y ese gesto se ha transmitido enriquecido a través de los siglos en la celebración de la Eucaristía.

La fracción del pan hay que comprenderla dentro del sentido que tiene en el Evangelio todo el rito de comidas y banquetes en los que aparece Jesús. El evangelio está plagado de escenas en que vemos a Jesús comiendo, participando en cenas, en bodas, con gente del pueblo, con publicanos, con pecadores y gente de mal vivir y muchas parábolas tienen como centro una cena o una fiesta que se ofrecen como signo del Reino de Dios.

La comida, el sentarse a la mesa para compartir juntos el alimento, no es una acción sólo para llenar el estómago. La comida tiene un sentido profundo de intimidad, de comunicación, de relación cercana y cuando la comida es presidida por el padre que se sienta con sus hijos, tiene un gesto supremo de fraternidad y de familia. Por eso, cuando Jesús llena su vida de estos gestos y comparte la mesa con gente excluida, cuando ofrece parábolas sentando al Padre común nos está mostrando lo que es su proyecto en el mundo y para el mundo, lo que es el proyecto de Padre Dios: Hacer una mesa común para toda la humanidad donde no haya excluidos, donde todos tengan un mismo pan, donde las relaciones sean fraternas, donde el Padre sea Padre, los hijos, hijos y los hermanos, hermanos con todas sus consecuencias⁽⁹⁾.

La exclusión vista desde la sociología, la economía o la ciencia de la cultura puede ser un coste inevitable en un momento histórico, un mal a superar o incluso una situación justificada, pero leída desde el Evangelio siempre será una vergüenza del Padre Común, una ruptura de la fraternidad, nunca justificada. No puede existir una mesa donde unos coman y otros mendiguen, donde unos decidan y otros sufran las consecuencias de esas decisiones.

Los símbolos que Jesús nos ofrece como proyecto de humanidad representan todo lo contrario de lo que actualmente sucede. Es tal la luz que se desprende de estos relatos que resalta la contraposición entre la sabiduría con la que nos movemos los humanos y la sabiduría que viene de Dios. Así lo expresa San Pablo en su carta a los Romanos. (Rom. 1,19-32). De ahí nace una llamada a la superación de la exclusión, al reparto equitativo, a la construcción de "otra economía" a la denuncia del mal llamado "orden internacional", a la crítica de las teorías neoliberales, a luchar contra el pensamiento único.

En este contexto simbólico de las comidas y banquetes se ha de enmarcar el gesto sacramental de la "fracción del pan". No es sólo una celebración ritual, no es sólo un símbolo evocativo, es una realidad viva y

(9) R. AGUIRRE, *La mesa compartida*, Sal Terrae. Santander, 1994, p.26 y ss.

cargada de contenido palpable. Compartir el pan es hacer presente por medio del símbolo lo que realmente Jesús siempre hizo y hace: compartir su propia vida, dejarse comer a trozos, dejar su vida a jirones por los caminos del mundo, hacer un regalo cada día, hacer una donación permanente de toda su persona. Por eso cuando los discípulos estaban comiendo el pan transformado en Cuerpo de Cristo estaban realizando lo que realmente era el misterio de aquella persona que tenían presente y cuando después de la Resurrección descubran en profundidad todo lo que habían vivido, el gesto de la “fracción del Pan” tendrá un lugar central.

El Señor pide que se haga, que se multiplique continuamente, pero no sólo que se convierta en una repetición ritual sino que se realice lo que eso significa: que así como él hizo de su vida un pan repartido, sus seguidores hagan de sus propias existencias un regalo permanente a los demás. Como podemos ver esto es la suprema superación de la competitividad, es hacer de la vida una experiencia solidaria, es vivir la fraternidad en plan “salvaje”. El mundo actual necesita que en su estepa nazcan flores, en sus desiertos broten ríos, que el lobo y el cordero pazcan juntos, que las lanzas se conviertan en podaderas, que se cante “un canto nuevo” lleno de sorpresas y no sea una repetición monótona del único pensamiento que envenena el aire. Necesita de creaciones “escandalosas” que hablen a gritos de realizaciones de utopía. Poblar el mundo de pequeños gestos “raros”, extraños, salidas inesperadas que evoquen que las cosas tienen que ser de otra manera, es una invitación desde el compromiso cristiano. Hace falta gente dispuesta a “hacer el tonto”, a aparecer “ingenuos”, salidos de otro planeta, que sean capaces de prefigurar un futuro distinto, viviendo en la intemperie de este mundo frío una existencia escandalosamente solidaria. Los milagros y los hechos prodigiosos ya no valen, ya que todo puede tener una explicación racional, lo que realmente causa asombro es el gesto de la propia vida.

No se trata de hacer cosas aparatosas y masivas. Jesús habló de una semilla de mostaza, de levadura en medio de la masa, de una luz que se pone en alto, de una moneda pequeñita depositada por una viuda, de nacer de nuevo, de cambiar el corazón.

Se trata de hacer visible estilos de trabajo, de comportamientos, que evoquen precisamente eso que está tan ausente y que despierten y generen dinamismos de transformación personal que se vayan concretando en otra multitud de pequeñas realizaciones y así se vayan produciendo, al menos, la pregunta en medio de tantas afirmaciones tajantes. Eso es hacer presente la Iglesia como sacramento de salvación para la humanidad, siendo signo de la mesa común de todos los hermanos que ha soñado Dios Padre.

4. UN RELATO PARA TERMINAR

Mi ahijado tiene veintidós años y termina económicas. Tiene inquietudes literarias y utiliza un cuadernillo donde escribe relatos, poemas y ocurrencias. Tenemos confianza y me lo suele dar para que lo vea. Copio unas páginas que leí estas Navidades:

Anoche tardé en dormirme aunque estaba cansado. Cuando lo logré devoré las horas de un tirón y al despertarme por la mañana comencé a recordar un raro sueño que había tenido:

Entré en una habitación muy grande. Miraba para todas partes y era tan inmensa que casi tenía por paredes el horizonte. Fui entrando en ella mientras percibía un traqueteo que me dejaba sordo. De vez en cuando se interrumpía el ruido y se oía el murmullo de mucha gente, como si fuera un enjambre de abejas que se movía por todas partes. Chapurreaban un montón de lenguas que yo no entendía. Lo único conocido que puede escuchar muchas veces era: "yes, yes, yes" que lo reconocí por el inglés del colegio.

Se fueron encendiendo las luces, comenzaron a subir de tono por una esquina, me dí cuenta que era el horizonte y salió un sol como una lámpara enorme al estilo de la que cuelga en el centro de la iglesia del pueblo. La multitud de hombres y mujeres era de muchos colores y vestían de los modos más raros y pintorescos. Muchos estaban sentados en una mesa tan grande, casi como los contornos del salón, que me di cuenta que era un enorme y descomunal comedor. Había muchos señores sentados por una parte que comían desafortadamente, vestían de trajes lujosos y corbatas brillantes al lado de señoras enojadas. Las bandejas repletas despedían humo y un olor tan agradable que me dio apetito. Por otras partes del comedor había gente casi desnuda que no tenían nada delante y hacían gestos para alcanzar algo de las bandejas lejanas o de los platos de los más cercanos. Alguien les hería en la mano para que no cogieran ni un mendrugo de pan e incluso los empujaban de la silla hasta hacerlos caer al suelo. Alrededor de la mesa se arrastraban por el pavimento grupos de desarrapados, se plantaban chabolas con niños de barrigas hinchadas y moscas en la comisura de los labios junto a muchas mujeres embarazadas. Todos, con los ojos clavados en la mesa. Muchos intentaban llegar al borde del mantel, pero una mano de plomo les caía encima y los dejaba aplastados en el suelo. Algunos lograban colarse, hacerse sitio y rapiñar lo que podían. Yo miraba aquello y me parecía un espectáculo horrible. Me zumbaban los

oídos por los gritos de unos personajes orondos y barrigones que desde la parte de la abundancia vociferaban al resto por unos altavoces:

Por fin hemos llegado a tener una misma mesa para todos. Ya no hay mesas separadas como si esto fuera un restaurante. Ya somos un comedor común y todos nos vemos las caras. Coman a gusto. Si no les han llagado las bandejas, tengan paciencia que todo llegará en su momento. No pierdan las oportunidades que todos tenemos. No sean exigentes.

Aquello me ponía triste. Más que un sueño era una pesadilla. Menos mal que desperté asustado por uno de aquellos gritos y al abrir los ojos, descansé al constatar que estaba en mi habitación llena de claridad.

Seguí pensando con los ojos abiertos clavados en la ventana entornada, ¿Era realmente un sueño? y me vinieron a la mente: clases, apuntes y libros de economía internacional”.

José Alonso Morales